

(*awareness*)» (p.57). Se trata de la consciencia dentro de los límites de la psicología humana. El filósofo no alude a la consciencia moral, sino que se limita al contenido fenomenológico que el individuo consciente percibe en un momento dado. En ambos elementos, intencionalidad y consciencia, John Searle prescinde del aspecto axiológico propio del hombre. En el capítulo tres, el autor nos brinda ejemplos clásicos que ilustran el *Mal Argumento* y concluye subrayando la influencia de esta falacia en el curso de la epistemología moderna.

*Cómo funciona la intencionalidad perceptual* es el título de los capítulos 4 y 5. Ambos son esenciales para comprender la teoría que propone el autor sobre la percepción. Adscrito al ámbito ontológico, Searle trata de subrayar, en el capítulo 4, una *conexión interna*, al modo empirista, entre el campo ontológicamente objetivo y la experiencia perceptiva subjetiva. De acuerdo con el autor, dicha conexión queda asegurada por el hecho de que «*el objeto, por así decirlo, consiste esencialmente por definición, al menos en parte, en la capacidad de causar ese tipo de experiencia*» (p.131). Es lo que Searle denomina el *camino de vuelta* como respuesta al argumento de Russel según el cual, desde el punto de vista del lenguaje, no hay camino de vuelta desde los objetos hasta los contenidos intencionales, pues es posible aludir a un mismo objeto a través de diferentes tipos de contenidos intencionales. Searle, en cambio, defiende una causalidad intencional. En la experiencia consciente los estados mentales conscientes pueden ser la causa o el efecto y ello se debe al hecho de que la intencionalidad es presentacional, pues «*que algo sea un objeto rojo consiste precisamente en que pueda causar experiencias visuales de este tipo*» (p.131). El filósofo de la Universidad de California prosigue en la descripción de la teoría profundizando, en el capítulo 5, en el análisis de las propiedades no básicas del objeto. John Searle desarrolla ahora la tesis sobre las percepciones tridimensionales, introduciendo una referencia a las leyes de la perspectiva. El autor subraya el hecho de que la capacidad cognitiva del perceptor de ver el objeto desde un enfoque tridimensional,

es una consecuencia de los principios de la perspectiva. «*La profundidad se percibe como una propiedad no básica del campo visual objetivo, debido al dominio de Trasfondo de los principios de la perspectiva*» (p.144).

La precisión y la claridad son una constante en la obra. En el capítulo 6, Searle contrasta el enfoque propuesto sobre la percepción con la tesis disyuntivista. La discrepancia entre la teoría de Searle y la propuesta de filósofos defensores del disyuntivismo, está asociada a la distinción entre percepciones verdícas y no-verdícas. En la primera, se dan las condiciones de satisfacción, es decir, hay un objeto real que el perceptor percibe. En el caso de la percepción no-verídica, en cambio, no hay constancia de ningún objeto real. Se trata de una alucinación. Los disyuntivistas sostienen la imposibilidad de que ambas experiencias —la buena, en el caso verídico y la mala, en el caso no-verídico— puedan tener exactamente la misma fenomenología y el mismo contenido intencional. De no ser así, ello implicaría la negación del realismo directo o ingenuo. Se oponen, de este modo, a la tesis de Searle según la cual, hay una coincidencia fenomenológica entre ambas experiencias, verídica y no verídica. El argumento de Searle, no obstante, presenta un escollo: la imposibilidad de comprobar empíricamente el contenido fenomenológico de ambas experiencias perceptivas, la verídica y la alucinatoria.

Los dos últimos capítulos del libro están dedicados a reflexionar sobre la percepción inconsciente y las teorías clásicas de la percepción. John Searle nos permite, en este breve, pero riguroso estudio, adentrarnos en el panorama filosófico posterior a Descartes y disponer, así, de una visión global de importantes teorías sobre la percepción. En suma, el libro constituye una defensa inequívoca de la objetividad en la percepción ontológica.— PILAR CARACUEL QUIRÓS.

GÓMEZ ÁLVAREZ, N., *Pensar con Julián Marías, metafísico de la persona*. Madrid, Editorial Ciudad Nueva, 2017. 198 págs.

He aquí una obra que más que un libro se nos revela desde el principio como una

llamada o una acogedora apelación. Nieves Gómez Álvarez nos invita, como bien lo dice el título, a *Pensar con Julián Marías, metafísico de la persona*.

La razón para dedicarnos a este arduo quehacer que es el pensar —y a pensar, nada más y nada menos, de la mano de un filósofo— la evidenciaba ya su maestro, don José Ortega y Gasset. La vida, señalaba, nos es dada pero no nos es dada hecha. A diferencia de los animales que cuentan gracias a los instintos con un programa predefinido de existencia, cada uno de nosotros tenemos que elegir a cada paso qué es lo que vamos a hacer; o por decirlo de otra manera, quiénes vamos a ser. La vida nos fuerza, entonces, queramos o no, a ser protagonistas de nuestro propio argumento, a escogerlo libremente e intentar realizarlo en la circunstancia. Y es por ello que, desde este punto de vista, súbitamente, el intelecto se ilumina y cobra una preeminencia especial. Se nos decanta como un importante instrumento cuya función es la de ayudarnos a saber a qué atenernos para actuar con responsabilidad. Claro está, con responsabilidad ante los demás, pero también, y sobre todo, con responsabilidad para con nosotros mismos.

Ahora bien, como toda herramienta, el intelecto sólo sirve a la vida si sabemos cómo utilizarlo. Y no es necesario rebuscar demasiado en los libros de historia para darnos cuenta de que algunos de los errores más graves de la humanidad podrían haberse evitado si tan sólo se hubiera usado adecuadamente. Una prueba de ello la encontramos en nuestro pasado reciente, en ese que vivió precisamente Julián Marías cuando en poco tiempo España pasó de estar en una época de fabulosa plenitud cultural, la denominada Edad de Plata, a derrumbarse estrepitosamente en un estadio de politicismo extremo que dividiría a la sociedad en dos bandos y desencadenaría la Guerra Civil.

Para evitar caer en malas formas de pensar, para dar plenitud a nuestra vida nos urge aprender de los que han buscado denodadamente la *recta ratio*. Aquellos que, como Julián Marías, han dedicado su vida al continuo desvelamiento de la verdad. Y sin

embargo, aún hay algo que al lector medio puede echarle para atrás: el pensador español era filósofo y, para más inri, metafísico. Y como bien apunta Gómez Álvarez, hoy la mayoría de las personas entienden que la filosofía es un saber mareante, que no nos lleva a conclusiones ciertas, que es complicado y que, encima, no sirve para que uno se gane la vida.

El hombre actual se ha acostumbrado a buscar respuestas rápidas y fáciles en el móvil. Eso es bien cierto. Pero a esa aseveración suele añadirse: el hombre actual es frívolo, poco profundo y, por eso, la filosofía ya no interesa. Y cabe preguntarse: ¿y no será al revés? ¿No será más bien que un nutrido número de personas sí que están sedientas de pensamiento y reflexión porque la necesitan desesperadamente pero les faltan las armas pertinentes para introducirse en el técnico y complejo mundo filosófico? ¿No será que, además, como es un tópico que la filosofía no responde a nuestras más íntimas y urgentes necesidades, la mayoría de la gente cuando tiene verdaderos problemas o se siente desorientada ni siquiera se le ocurre que podría encontrar una tabla de salvación en ella?

Estos son los presupuestos que parecen latir detrás de esta obra que, si bien se muestra en apariencia sencilla y humilde, cuenta con dos inestimables virtudes. En primer lugar, nos acerca a la filosofía desde una perspectiva diferente a la acostumbrada. De la mano de Gómez Álvarez vemos emerger el saber filosófico no ya como un compendio de teorías obtusas cargadas de inaccesibles términos técnicos, sino como un quehacer salvífico, como el de un ave que al caer del nido extiende sus alas para volar. Quehacer, por otra parte, que fue realizado en un primer momento por Julián Marías para reabsorber su circunstancia, pero que nosotros podríamos revivir al leer sus obras evitando así caer en la arbitrariedad, la barbarie o el capricho. En segundo lugar, el otro gran mérito de este libro es el de hacer las veces de un manual desde el que cualquier persona, aun sin pertenecer al gremio filosófico, puede introducirse en la copiosa obra que nos legó el pensador español y tener una visión de conjunto de

las principales trayectorias que ocuparon su vida.

El libro de Gómez Álvarez se estructura en tres partes. La primera está dedicada a mostrar la vocación filosófica del autor, que se despereza en la Universidad Central de Madrid a principios del siglo XX. En ese lugar Julián Marías tuvo la oportunidad de encontrar a aquellos fabulosos profesores que conformaron la denominada Escuela de Madrid: Xavier Zubiri, Manuel García Morente, José Gaos, José Ferrater Mora y, sobre todo el que habría de convertirse en su gran maestro, José Ortega y Gasset. La influencia de todos ellos haría que el joven Marías se entusiasmara por el mundo filosófico hasta el punto de querer dedicar su vida a él. También en dicha Universidad tendría la suerte de encontrar a una nueva tipología de mujer cultivada, curiosa, exigente, apasionada. El contacto constante con ese grupo de señoritas tendría para Marías una significación muy especial. Por una parte, fue en ese ambiente en donde conoció a la que sería su esposa, Lolita Franco, que como diría él mismo se convertiría en su principal proyecto o vocación. Por otra, el choque que le supuso el encontrarse con una realidad personal tan distinta a la masculina lo llevó a reflexionar durante toda su vida en qué consiste la instalación vital femenina, y como decantación de esa meditación mucho tiempo después publicó dos libros: *La mujer en el siglo XX* y *La mujer y su sombra*.

Tras los años de estudiante, escribe la autora, Marías tendrá la necesidad de seguir pensando. Y puesto que en el mundo universitario español no se le abrían las puertas debido a su insobornable autenticidad, mientras seguía escribiendo se dedicó a dar clases en distintas universidades de Estados Unidos como *Wellesley College*, *Yale* o *Harvard*. A partir de 1975, sin embargo, con las transformaciones políticas en España cambió también la vida de nuestro autor. Fue elegido como senador por designación real para participar en la elaboración de la Constitución española, ganó numerosos premios —entre ellos el Príncipe de Asturias— y consiguió la cátedra en la Universidad a Distancia. También

tuvo la oportunidad de emprender nuevos proyectos como la creación de la Fundación de Estudios Sociológicos (FUNDES) o la revista *Cuenta y Razón*. Pero a pesar de ser estas oportunidades muy gratas, como el autor narra en su autobiografía, todas ellas se vieron tamizadas inevitablemente por el tremendo sufrimiento que le causó el fallecimiento de su esposa en 1977.

Y aun así, y seguramente espoleado por el terrible dolor, Marías nunca dejó de hacer aquello que irremediablemente necesitaba para vivir: filosofía. Y esta vocación le llevó, a su vez, a meditar sobre el significado de su propio quehacer. La segunda parte del libro de Gómez Álvarez se centra, entonces, en darnos a conocer qué entendía Julián Marías por filosofía a través de las cuatro grandes definiciones que dio de ella: saber radical, ciencia general del amor; visión responsable e ilusión por saber.

Por último, en la tercera parte del libro, la autora nos introduce en las trayectorias más relevantes del filósofo madrileño. Como es bien sabido, Marías comenzaría su andadura desde la razón vital de su maestro Ortega. Y desde esa altura teórica continuará su camino filosófico. Por detenernos en sólo algunos de sus grandes hitos que aparecen en el libro cabe destacar cómo Marías, llamado a pensar la estructura de la España romántica, se ve abocado a reflexionar acerca de cuál es la consistencia de las estructuras sociales. Y, a su vez, ese análisis minucioso le permitió llegar más adelante a un segundo nivel o navegación filosófica, que culminará en su obra *Antropología metafísica*. En ésta, el autor descubre cómo eso que llamamos «el Hombre» no es sino un gran conjunto de estructuras que compartimos (entre las que se encuentra la estructura social) y que, por tanto, propician nuestro encuentro. A ese compendio de estructuras las denominó como estructura empírica de la vida humana, y forman parte de ella la instalación corporal o la instalación sexuada, entre otras. La razón para denominarla así es que, si bien la estructura empírica cuenta con cierta estabilidad, no es universal, ni eterna. Es contingente. Ha ido conformándose en el tiempo y seguirá cambiando precisamente porque cada uno

de nosotros estamos instalados en ella y nos proyectamos vectorialmente rehaciéndola, esto es, modificándola personal, individual y concretamente. De esta manera, Julián Marías llegaba al corazón de su propia metafísica: la razón vital es personal, o por decirlo de otra manera, la realidad es personal, concreta, la estamos rehaciendo cada uno de nosotros en cada una de nuestras elecciones. Y desde esta perspectiva, como señala Gómez Álvarez, al igual que Aristóteles encontró mucho tiempo atrás las categorías de la ciencia universal para pensar las cosas, Julián Marías desveló las categorías de la ciencia de lo concreto adecuadas para pensar a la persona. Y habiendo arribado a un continente inexplorado, su siguiente paso fue justamente seguir haciendo lo mismo que llevaba realizando toda su vida: pensar, pero esta vez la persona. Por ello, en el último periodo de su vida nos encontramos obras como *Persona*, *Mapa del mundo personal*, libros de vidas concretas como *Cervantes, clave española*, su propia biografía, *Una vida presente*, así como textos destinados a meditar acerca de algunos de los estratos más hondos de la persona como *El breve tratado de la ilusión*, *La felicidad humana* o *La educación sentimental*.

Y como nos muestra Gómez Álvarez en el apéndice de su libro, eso es lo que nos ha quedado a nosotros: un tesoro de valor incalculable, es decir, una filosofía por descubrir, prácticamente virgen, la de la metafísica de la persona. Aquella que nos enseña a pensar a través de un sistema teórico a la altura de nuestro tiempo y en la que, además, si ahondamos, nos acontece lo mismo que cuando nos miramos en un espejo: que descubrimos súbitamente en ella el reflejo de nosotros mismos. – LOURDES GARCÍA DEL PORTILLO

ROMERO CUEVAS, J. M., *El lugar de la crítica. Teoría crítica, hermenéutica y el problema de la trascendencia intrahistórica*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2016, 253 págs.

Este nuevo libro de José Manuel Romero supone, en cierta medida, una continuación y profundización de algunas problemáticas planteadas en su publicación

anterior, *Crítica e historicidad. Ensayos para repensar las bases de una teoría crítica* (Herder, Barcelona 2010). Sin embargo, la mayor originalidad y aportación filosófica de la obra que reseñamos consistirá en ofrecernos una visión propia de lo que su autor denomina *crítica inmanente*, la única apropiada para el «tiempo de inflexión» en que vivimos, según nos muestra J. M. Romero en la «Introducción» (pp. 11-30). Para ello, nos remite a una serie de acontecimientos socio-políticos recientes, tales como «la crisis financiera que sacudió en 2008 sobre todo a Estados Unidos y Europa» (p. 14), culminando —afirma nuestro autor— «un proceso, que ha durado lustros, de introducción de las sociedades desarrolladas en una forma de realismo radicalmente desencantado» (p. 16). Así, en el marco de nuestras «sociedades post-utópicas, anti-utópicas», y ante la constatación de que «nuestra época se ha tornado más cínica, todos nos hemos tornado más cínicos» (pp. 16-17), resultaría necesario realizar un alto en el camino y plantearnos, en palabras de J. M. Romero, «una autorreflexión hermenéutica de la crítica» (pp. 87-160), tema del segundo capítulo de esta obra, que enseguida comentamos.

Advertimos, pues, cómo la publicación que presentamos no responde única y exclusivamente a una problemática de índole teórica o academicista, sino que trata de afrontar críticamente algunos de los retos más acuciantes de nuestra sociedad, recurriendo para ello a dos corrientes filosóficas tradicional y comúnmente enfrentadas entre sí, como son la fenomenológica hermenéutica y la Teoría Crítica. Este intento de recuperación y reapropiación de algunas categorías imprescindibles para repensar las bases normativas de la crítica, tales como las de *historicidad*, *perspectiva* o *tradicción*, ampliamente tematizadas por autores de la corriente fenomenológica hermenéutica como M. Heidegger y H.-G. Gadamer (pp. 132-138), será otra de las aportaciones más ricas y sugerentes que nos plantea J. M. Romero. Y ello, además, al hilo de una rigurosa discusión crítica con pensadores de la talla de F. Nietzsche (pp. 126-131), X. Zubiri o I. Ellacuría (pp. 109-125), entre otros. Lo que los citados autores de la tradición